

librarse del oprobio, pero por esto mismo debía esforzarse en hacer que las leyes fueran absolutamente guardadas, que sobrado rigurosas eran de por sí para que la arbitrariedad las hiciera todavía más dolorosas.

Esto no quiere decir que no hubiera quienes intentaran hacer el orden. Davraq recordaba que la Revolución había dado 22.291 leyes que no dejaban lugar á que nadie se entendiera, y sin embargo, no se tenía aún un Código civil, ni un Código penal perfecto, ni un Código hipotecario que facilitara la circulación monetaria, etc. Otros procuraban el fomento de la instrucción pública, creando un personal nuevo y suficiente que hacía necesario su completa desorganización, á causa de la persecución que habían sufrido los profesores de instrucción primaria con la reacción thermidoriana. Estos hombres fueron los que llegaron á presentar los presupuestos del año VI, — Setiembre de 1797 á Setiembre de 1798, — nivelados á lo menos en el papel, cuando ni aún de esta suerte había sido posible en los años anteriores. Esta nivelación iba hasta acusar un excedente de diez y seis millones, y si la liquidación de este año fué desastrosa, por cuanto se habían calculado los diferentes ingresos demasiado altos, el cálculo no por esto se reguló inexacto tachándose á la perversidad de la administración, en todos sentidos, el mal resultado que dieron casi todos los impuestos. Existía, pues, una posibilidad de salir airosa Francia de la gran crisis que atravesaba, y esta posibilidad se aprovechó.

Los millones de Italia y Alemania que tanto habían ayudado á conllevar la situación económica y la política, alentaban á continuar la guerra contra Inglaterra con la esperanza de llenar las cajas del Tesoro francés con las especies del Banco de Londres, y al efecto lanzó Francia á los holandeses contra Inglaterra con éxito desgraciado.

Ya hemos dicho que el almirante Duncan vigilaba en la desembocadura del Texel los armamentos de los holandeses, quienes, en efecto, habían armado para repetir la operación de Hoche quince navíos y cuatro fragatas. Natural era que se procurase apoyar esta operación por parte de Francia, pero como veremos, los tres pabellones no se reunieron nunca contra el pabellón inglés.

Salió el almirante holandés Winter del Texel con su escuadra en los primeros días de Octubre de 1797, y Duncan se lanzó sobre él á la altura de Camperduin con diez y seis navíos y dos fragatas. Tres horas duró la batalla con igual bravura de una y otra parte, pero la superioridad de la artillería

británica y de su marinería decidieron el combate y Winter se retiró dejando en manos de los ingleses nueve navíos y dos fragatas. Esta batalla fué decisiva para la marina holandesa. Francia y España debían ya renunciar á su concurso.

Aún después de esta derrota, creyó posible el Directorio un desembarco en Inglaterra, y al efecto nombró públicamente á Bonaparte general en jefe de la expedición.

Bonaparte debía también por orden del Directorio presentarse en Rastadt para abrir las negociaciones como primer enviado de Francia, pero el general francés tenía aún que hacer mucho en Italia antes de presentarse en Alemania.

Debía entregar á Venecia á los austriacos, y esto lo ordenó con la mayor desenvoltura al pobre Villiard, que no podía concebir que se entregase una república organizada por Francia. Pero Bonaparte ni siquiera quería entregarla incólume, sino que dió orden de que se destruyera su arsenal y sus buques de guerra, y que se llevaran á París sus tesoros artísticos y hasta el León de San Marcos hizo el viaje. Al mismo tiempo daba la última mano á la organización de las repúblicas Cisalpina y Liguriana, dejando en la constitución de ésta una puerta abierta para una futura anexión á Francia, como él mismo indicaba al Directorio el 12 de Noviembre. Atendía también á la organización de las islas Jónicas, en donde establecía una estación naval de doce navíos al mando del almirante Brueys. Los navíos, como se recordará, procedían de Venecia. El jefe de esta estación debía procurar extender sus relaciones con los países griegos y ver si podía quitar á los caballeros de Malta la isla de este nombre, cuyos caballeros acababan de cometer la tontería de darse un maestro austriaco.

Suiza vióse ahora amenazada lo mismo por parte del Directorio que de Bonaparte. Este no podía olvidar que en Berna había publicado Mallet du Pan sus cartas sobre su conducta con Venecia y Génova, y el Directorio tampoco podía olvidar que allí residía Wickham, el embajador británico que había abierto sus cajas á los realistas para ganar las últimas elecciones.

Bonaparte, que ya había arrancado á los Grisones el cantón de la Valtelina para agregarlo á la Cisalpina, buscó abrirse paso por Suiza liberalizando el país. A propósito de la cuestión que esta incorporación suscitó, declaró á los grisones que el nuevo derecho de gentes establecido por la revolución no permitía ahora que un pueblo fuera sometido á otro, que es lo que pasaba en Suiza en donde los canto-

nes sometidos, como se les llamaba, eran administrados por los cantones soberanos. Tal era el caso del Tessino, por ejemplo, que sentía la ruda presión del gobierno de los bailíos de Schwitz y de Uri. Así cuando pasó por el cantón de Vaud de paso para Rastadt, había salido de Milán el 17 de Noviembre, país sometido al cantón de Berna, fué acogido con el más vivo entusiasmo por la parte del pueblo cuyos agasajos aceptó con marcada afectación mientras rechazaba de una manera no menos expresiva los de las autoridades suizas, para que se comprendiera bien que sus palabras iban al fondo de las cosas.

Continuó su marcha por Basilea, y pasó por delante de Offenburg en donde tenía Augereau su cuartel general sin detenerse, también para que comprendiera su ex-subordinado el concepto que le merecía el mando que tenía y que había censurado se le diera por creerle incapaz de mandar en jefe el ejército más importante de Francia, y llegó á Rastadt el 25 de Noviembre.

Bonaparte tuvo que esperar en Rastadt á los enviados austriacos, esto lo puso de mal humor, porque creía que era á él á quien se debía esperar, y este mal humor lo pagaron algunos embajadores y enviados allí reunidos para las conferencias. Al de Suecia le despidió por ser el conde de Fersen, el amigo de María Antonieta. Al obispo de Wurzburg, le dijo como sabía conciliar su fasto real con los principios del Evangelio y de la Iglesia que recomendan la pobreza, y así fue atropellando á cuantos no le caían en gracia. Por fortuna fueron á poco llegando los plenipotenciarios austriacos conforme á la etiqueta de la época. El primero que llegó fue el diputado por Austria conde Lehrbach; luego el enviado del rey de Hungría y de Bohemia conde Cobenzl; y por último, el muy distinguido plenipotenciario imperial conde Melternich-Vinneburg, padre del célebre diplomático y Canciller de Austria de este nombre. Desde luego principiaron las negociaciones para que el tratado de Campo Formio recibiese su ejecución, es decir, que se entregasen los contratantes los países que, respectivamente se habían cedido, y que Bonaparte había por un tratado especial reservado para cuando los franceses ocuparan á Maguncia. Convinose, pues, que los franceses irían tomando posesión de Mannheim, Philipsburg, Ehrenbreitstein etc., hasta tomarla de Maguncia el 30 de Diciembre de 1797, en cuyo día los franceses debían entregar á Venecia. Esto convenido, 1.º de Diciembre, Bonaparte dejó en Rastadt á Treillard y Bonnier, para que continuasen las ne-

gociaciones de la paz, y él se marchó á París á donde le había llamado el Directorio.

Los plenipotenciarios franceses debían entenderse para la paz con Alemania, con una comisión nombrada por la Dieta, y que no podía consentir en la paz del imperio, sino bajo la base de respetar las fronteras existentes, lo que estaba conforme con los artículos públicos del tratado de Campo Formio, pero no con los secretos, ni con el tratado para su ejecución de 1.º de Diciembre.

Prusia estaba representada por tres enviados, el conde Goerz, y los barones Jacobi-Kloest y Dohm, á quienes el nuevo soberano de Prusia, el joven Federico Guillermo III que reinaba desde el 16 de Noviembre de 1797, profundamente antipático para todo lo antiguamente convenido con Francia, había prevenido que no defraudaran los deseos de paz del país, de modo que Federico Guillermo III continuaba la tradición de la neutralidad á todo trance, que había hecho triunfar Haugwitz quien ejercía también ahora de primer ministro. Solo debían sus enviados tirar por donde pudieran, en el caso de que Austria se engrandeciera en Alemania, y como Austria debía recibir á Salzburg etc., eran de esperar graves sucesos en Rastadt, de aquí la gran prudencia de los enviados franceses; sin embargo, desde mediados de Diciembre los diplomáticos reunidos en Rastadt, principiaron á conocer los artículos recientes de Campo Formio.

Por este tiempo se abrían las negociaciones con los representantes del imperio, á quienes á cada hora les llegaban las noticias más estupendas, esto es, la ocupación de las fortalezas del Rhin, el bloqueo de Ehrenbreitstein el castillo de Coblenz y el de Maguncia. Todo esto les hizo ver claro que lo de la integridad del imperio era una mentira, pero de Metternich sólo pudieron sacar que no conocía los artículos secretos del tratado de Campo Formio, de Cobenzl que no estaba allí para hablar de tales cuentas, y de los enviados franceses que no tenían aún instrucciones, y que Bonaparte iba á regresar.

Todo eran, pues, idas y venidas de Rastadt á Ratisbona para ver que disponía la Dieta, y la inquietud subió de punto cuando Cobenzl fue reconvenido por Thugut, quién, desesperado y anunciándole su retirada del gobierno, le participó que mientras Austria había cumplido fielmente el tratado de 1.º de Diciembre, Francia no había entregado á Venecia. ¿Por qué?

Bonaparte después de firmado el tratado de 1.º de Diciembre, marchó á París como hemos dicho llamado por el Directorio, y á donde llegó el 5 de

Diciembre de 1797, pasando á vivir en una modesta casa de la calle Chantereine que había comprado. A cuantos le visitaron y habían conocido, se les presentó el mismo hombre de antes de marchar á Italia. Todavía no había engordado. Sus cabellos aún caían largos y lacios sobre sus espaldas, y en

todo se mostraba el hombre modesto y simple, el tipo perfecto de un general republicano, sin más ambición que la de servir á su patria y á la república.

Véase sino el discurso que pronunció contestando al de Talleyrand.



JOSEFINA

«Ciudadanos:

»El pueblo francés tenía que combatir á los reyes para ser libre.

»Tenía que vencer diez y ocho siglos de preocupaciones para lograr una Constitución apoyada en la razón: la Constitución del año III: habéis triunfado de todos estos obstáculos.

»La Religión, el feudalismo y el trono, hace veinte

siglos que han gobernado sucesivamente la Europa; pero la era de los gobiernos representativos se cuenta desde la paz que acabáis de concluir.

»Habéis logrado organizar la gran nación, cuyo ancho territorio está circunscrito, porque la misma naturaleza le ha puesto límites.

»Habéis hecho más. Las dos partes más hermosas de la Europa, tan célebres en otro tiempo por

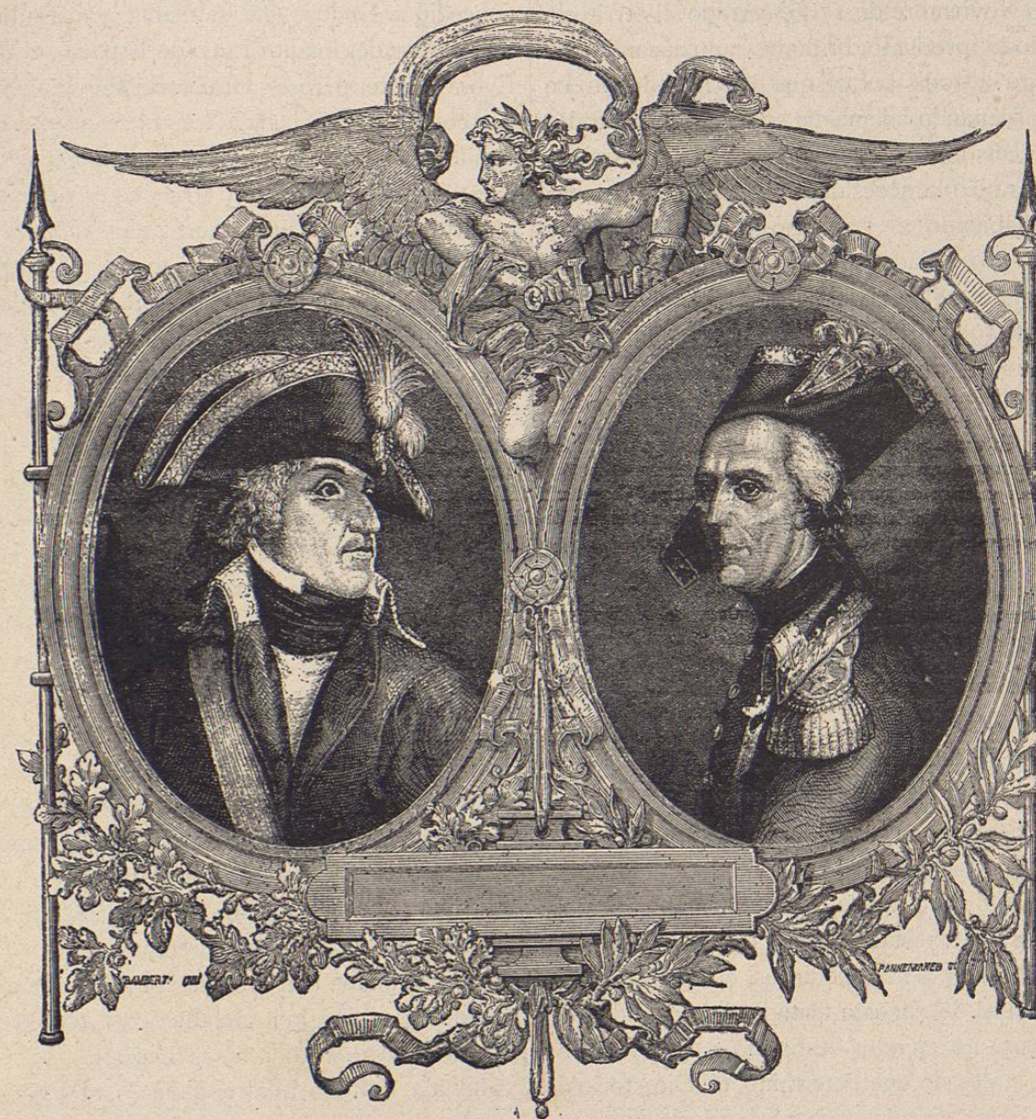
las artes, ciencias y genios de que fueron cuna, ven con la mayor esperanza salir de la tumba de sus mayores el genio de la libertad.

»Son dos pedestales, en que el destino va á apoyar dos poderosas naciones.

»La paz asegura la libertad, la prosperidad y la gloria de la república.

»Cuando la felicidad del pueblo francés estribe en mejores leyes orgánicas, la Europa toda quedará libre.»

En este discurso es imposible ver al restaurador



BEURNONVILLE y DAGOBERT

de instituciones monárquicas; el desprecio con que habla de los reyes Bonapartes, dice que no había pensado aún en tomar puesto entre ellos, pero es innegable que tiene ya un pensamiento político determinado quien se lamenta de que el pueblo francés no sea todo lo dichoso y libre que ha de ser por falta de buenas leyes orgánicas. Interin Bonaparte espera la ocasión de dar leyes á su patria va á continuar dándolas á Europa. Desde París va ahora á mandar, que estando allí, el Directorio se siente tan

preso por su sombra que por escapar á ella le llama continuamente á Consejo. El Directorio no sabe ya dar un paso sin permiso de Bonaparte.

Como no se podía después de la derrota de la escuadra holandesa pensar en un inmediato desembarco, se ideó una nueva faz de la guerra, la guerra comercial.

Ya hemos hablado de la gran cuestión marítima que se dejó sin resolver acerca de si el pabellón neutro cubría ó no la mercancía. Inglaterra sostenía